

Sus aportes al pensamiento cristiano de su época

Su visión filosófico-teológica de las ciencias, la técnica, el arte y la cultura en general. Teología de las Realidades Terrenas y Sacramentalización de lo Social. Una nueva concepción de la cultura y de la educación: su visión cristiana del mundo. Su proyecto de un Instituto de Ciencias de la Cultura.

LILA BLANCA ARCHIDEO, SERVIDORA

Cuando el Concilio Vaticano II en la *Gaudium et Spes*, después de mostrarnos con fuertes y precisos lineamientos la situación del hombre en el mundo contemporáneo –y también la dignidad de la persona y de su vida social–, nos presentó la actividad humana en el mundo y la misión de la Iglesia en él, *el Padre no ocultó su alegría: la Iglesia mostraba en una síntesis apretada lo que había ocupado su labor sacerdotal de teólogo desde el lejano 1944. En efecto, intuía y pensaba desde entonces una visión cristiana del hombre, de la sociedad, de la naturaleza y de la cultura a partir de la teología dogmática y moral de las que hace seguir una Teología de las Realidades Terrenas.*

Su visión filosófico-teológica de las ciencias, la técnica, el arte y la cultura general

Las ciencias, técnicas y artes, así como la filosofía –nos dice el Padre– tienen su autonomía en el estudio de las realidades terrenas respecto de la teología. Por lo tanto hay una epistemología que puede delinear la metodología de la antropología, de la sociología, de la política, de la economía, así como la de otras ciencias: matemática, física, química, biología y de las artes y técnicas, distinta de una metodología de la teología de las realidades terrenas, aunque el objeto o la función a la que se refieran sean los mismos¹.

Se requiere *un trabajo en equipo*, donde el científico, el técnico y el artista con el filósofo y el teólogo presenten el resultado de sus investigaciones. La filosofía puede por su parte asumir la dimensión propia del actuar humano o del resultado de su actuar y la teología puede arribar así más fácilmente a las conclusiones teológicas que implícitamente presentan las ciencias empíricas, las técnicas y las artes. Y esto no sólo a propósito de

hacer primero una *filosofía de la naturaleza y de la cultura* para llegar luego a una *teología “de la cultura”* –para tomar en su conjunto ciencias, artes, técnicas o historia– sino porque también en el camino del trabajo común la misma teología puede iluminar las conclusiones antropológicas, sociológicas, históricas y políticas y la matemática, la biología, la física y la química, como el arte o las realidades del mundo de la naturaleza. Porque el teólogo presenta datos que iluminan el camino científico o técnico o artístico, o porque con los actuales adelantos las ciencias, la técnica y el arte o el filósofo presentan al teólogo elementos de las artes o técnicas que le permiten explicitar verdades teológicas en el aquí y el ahora.

Se puede ir avanzando en el conocimiento de las realidades terrenas con elementos provenientes de las ciencias de la naturaleza y de la cultura, de lo social, de la historia, de la técnica, el arte y la filosofía. Y *la teología* va a poder lograr el desarrollo y la actualización que el hombre de hoy espera de ella, dado que a ella le corresponde la *manifestación de la verdad total y del fin último de toda realidad*.

Por ello, no sólo en la presentación que la teología hace de las verdades de la Fe debe estar *presente el Magisterio de la Iglesia* para la consideración de la crítica histórica y la hermenéutica contemporánea –dice el Padre–, sino en su confrontación con las conclusiones de otras ciencias, artes o técnicas².

Teología de las Realidades Terrenas y sacramentalización de lo social

Dios al crear al hombre quiso que su actuar sobre la naturaleza y sobre la cultura y las sociedades que ha de conformar uniéndose con los otros hombres, sometiera y gobernara la tierra, y al dar Dios esa orden al hombre no habla sólo con voz de Creador sino justamente de Padre y entonces ese gobierno tiene un destino no sólo de mostración de lo divino para ser glorificado objetivamente, sino de uso familiar para dar una gloria subjetiva. Esto permite lograr una analogía cada vez mayor con la naturaleza divina de todo lo creado por Dios y de lo cultivado por el hombre y, por ende, una acción recta y santa³. Y ese orden lleva en definitiva lo creado al Creador como fin último y razón de todo otro tipo de ordenamiento. Fin último concebido como vida en la Casa definitiva del Padre⁴.

Así la matemática que pretendió dar su método a la filosofía debe ubicarse como ciencia que se abre desde el conocimiento lógico, porque el método científico lo dilucidará desde la gnoseología. Será un dato que le brindará la gnoseología al dilucidar el conocer humano y al recorrer la historia misma de la ciencia matemática: y sabrá de sus logros para presentar modelos científicos pero también de sus limitaciones, habrá encontrado en la filosofía su camino más que haber pretendido darle a ella su cauce.

Y la física, cuya interesante historia coteja siempre con la realidad

concreta y avanza a pasos agigantados en materia de astrofísica y física atómica, abrirá panoramas insospechados a la filosofía y se servirá de la cada vez más precisa problemática gnoseológico-epistemológica de la filosofía, para establecer provechosas analogías en su conocer. Mientras, la filosofía de la naturaleza ganará en puntos de partida y en su propio ámbito cognoscitivo como empieza a demostrarlo su cada vez más precisa problemática.

La química y la biología que en muchos aspectos tuvieron contactos de importancia, tanto que podemos leer en algunos autores a la bioquímica como nueva ciencia, van también entregando a la filosofía de la naturaleza sus premisas. Mientras, la genética valiéndose de la matemática y no menos de la química, entra a problemáticas esenciales no sólo de la filosofía de la naturaleza sino de la antropología cultural y filosófica y permite presentar nuevos elementos para la concepción de la vida y particularmente de la humana⁵. Y sin duda la ética tiene mucho que aclarar al respecto porque está en juego el ser y el deber ser de la persona⁶.

Las tecnologías –insiste el Padre– nos van a permitir con el tiempo deshacernos de trabajos cognoscitivos cuantitativos porque habrá adelantado la cibernética y la informática que exigirán pensar al hombre lo que no “piensa” la máquina, a través de las múltiples relaciones que el hombre le permitirá realizar. Y en todos los campos la tecnología facilitará el trabajo científico no sólo en las ciencias positivas sino en la historia donde estará facilitada la búsqueda de documentación, lo mismo para toda base documental de las distintas ramas de la historia del pensar, donde el ingenio humano deberá desarrollarse como tal cualitativamente y dejar a la máquina su labor cuantitativa.

Claro que siempre estará –nos decía el Padre– el intelecto del hombre para dar a la máquina su ordenamiento fundamental y siempre estará su voluntad para tomar decisiones que encaminen el quehacer de las ciencias, pero la tecnología será producto científico a la vez que un bumerán que le permitirá abrirse nuevos caminos con muchas más posibilidades y el ahorro de su tiempo –que antes necesariamente usaba para preparar su trabajo mecánico– para un ahondarse en el pensar más específica y creativamente humano. Pero a la vez podría tornársele en su contra si se queda en un reduccionismo tecnicista.

Las artes siempre requerirán la creación del hombre y se valdrán sin duda de instrumentos técnicos tal vez impensados hoy. Esas ciencias que descubren leyes del macrocosmos y del microcosmos, esas tecnologías que facilitan el conocer y todo el quehacer humano y la filosofía que los ubica, deberán encontrarse en una mesa común y buscar las analogías que lleven en definitiva al objeto común del quehacer humano: el bien, e indaguen el misterio del hombre y de todo el cosmos. De allí surgirá la nueva cultura, algunos de cuyos lineamientos se avizoran y que no puede quedar fuera de la voluntad de Quien creó a la vez al hombre y a todo el cosmos y tiene una palabra que decirnos de su ser, de su actuar y de su fin último. Pero... no

sólo lo creó sino que se le reveló a través de Jesucristo y le manifestó su ser de Padre.

La Encarnación es el gozne fundamental para interpretar las realidades terrenas según los ojos de Dios. Al elevar la naturaleza humana al mismo seno Trinitario y al hacerla partícipe de su vida divina por la Redención –todo lo cual nos lo manifiesta la teología–, el hombre no puede más vivir sobre la tierra como hombre natural: ya el pecado original lo coloca en un estado infranatural –accidentalmente hablando– y luego la gracia lo sana y lo eleva sobrenaturalmente. Por lo tanto ser y quehacer humanos, existencialmente, dicen relación a dos verdades históricas y reveladas: el pecado y la gracia, que nos exigen conocer al hombre existencial de una manera distinta a la del estado de pura naturaleza. En efecto, el orden que Dios puso en el mundo y en el hombre, en su relación con la divinidad, consigo mismo, con los otros hombres y con la naturaleza toda, fue conculcado y luego sanado y elevado.

En ese orden histórico vivimos.

Y Jesucristo no sólo nos vino a dar la gracia sino que nos enseñó a vivir como hijos de Dios poseedores de esa participación de la naturaleza divina para alcanzar el cielo, fin último del ser y actuar humanos, término de un camino que empieza en el tiempo y se prolonga en la eternidad⁷.

“Toda la cultura cristiana –afirma el Padre– y toda la civilización cristiana no es sino una extensión de la Encarnación. Jesucristo es la base para entender todo lo que tiene que ser en lo fundamental una cultura y civilización cristianas. La Encarnación es un hecho cultural y de civilización trascendental que define y diferencia radicalmente la cultura y la civilización cristianas de cualquier otra. (...) Es un hecho histórico generador de una fuerza (...) ejemplarizador, en virtud de lo cual todo, después (...) de la presencia de Jesucristo en el mundo, toda la tarea cultural y de civilización se hace a partir de Jesucristo, según Jesucristo, a imitación de Jesucristo y con la fuerza, con el ejemplo, con las ideas y con la tendencia de alguna manera hacia Jesucristo.

“Jesucristo es una síntesis de toda la humanidad y toda la humanidad no tiene que dar sino una explicitación, una amplificación de todas las dimensiones y de todo ese paradigma humanístico que es la Humanidad misma de Jesucristo. Y esto vale de cada hombre y esto vale de cada comunidad y esto vale de cada sociedad. Esto vale de las sociedades destinadas al desarrollo del hombre solamente aquí abajo y de la sociedad –la Iglesia– destinada al desarrollo del hombre en relación con el más allá”.

Una teología de la cultura es para el Padre un antecedente de la sacramentalización de lo cultural, que es la meta a la cual lleva su doctrina, su enseñanza y su vida⁸.

Jesucristo mismo, Sacramento por antonomasia, nos da el ejemplo de ese uso temporal y eterno de la realidad y, para que nos resulte más fácil retornar al Padre a través del camino terreno, se queda místicamente en la

Iglesia –Sacramento en todo su ser– que nos asegura el orden eterno, nos muestra y enseña y nos da los medios vitales para esa vuelta al Padre.

Jesucristo se detiene en un *canal de vida divina particularmente unida a la humana*, en un modo de vivir la vida en la tierra que prepara la vida eterna, y esto lo hace cuando instituye *el sacramento del matrimonio*⁹. Busca una institución humana con un fin humano y la eleva a signo sensible y eficaz de la gracia: los esposos ahondan el sacerdocio de los fieles que les fue dado en el Bautismo y reforzado en la Confirmación resultando sacerdotes el uno para el otro al darse mutuamente la gracia. Con la gracia del sacramento se constituyen en seres capaces de engendrar hijos para la tierra –y se convierten en la célula de toda la organicidad de la vida social– a la vez que para el cielo, porque por la gracia del sacramento nace una célula divina que engendra seres potencialmente hijos de Dios y constituyen la primera Iglesia –Iglesia doméstica–. De esta célula nacerán tantas otras sociedades provenientes de esa célula primera que ya es potencialmente santa, que ya mira a lo eterno porque participa de la vida divina del sacramento. Y aquí une el Padre los dos primeros fundamentos de una Teología de las Realidades Terrenas: Dios Creador Uno y Trino y Jesucristo que eleva a la Trinidad la vida humana y muestra el camino eterno de todo lo temporal.

*El Padre se pregunta entonces –aún salvando la autonomía de la Iglesia, cuyo fin inmediato es lo eterno, y la de las otras sociedades que se dan en el tiempo, cuyo fin inmediato es lo temporal– si el sacramento del matrimonio no se constituye en un puente de unión de lo temporal y lo eterno y en el analogado principal de otras sociedades terrenas derivadas de la sociedad familiar. Sociedades estas más o menos necesarias para que el hombre obtenga un bienestar terreno y que por lo tanto deben regirse con autonomía temporal, ya sea en el orden cultural, económico, político o específicamente social, pero a la vez con un fin eterno, como tiene un fin eterno toda actividad humana inteligente y libre aunque sus resultados queden en la tierra. Y esto porque se trata de “realidades terrenas” como lo es el uso de los seres de la naturaleza que fueron creados por Dios para el servicio del hombre y lo son las mismas funciones no responsables del hombre*¹⁰.

Jesucristo confía a la Iglesia los sacramentos –los siete canales de la gracia– pero también los sacramentales, que si bien actúan *ex opere operantis* son signos sensibles y eficaces. Y Jesucristo le confía a la Iglesia el Magisterio y el gobierno del orden último de toda actividad humana.

La sacramentalización de lo social

El planteo va más allá: *el objeto último de la Teología de las Realidades Terrenas* y en ella de la teología de la cultura es *brindar la teoría, los principios y la normatividad de una “sacramentalización de lo social”*, o sea

el lograr que *toda relación de los hombres entre sí manifieste una participación de una relación más alta: la Trinitaria*, manifieste la Redención: la vida divina y sea signo que mueva a los hombres a disponerse a recibir la gracia sanante y elevante que nos trajo Jesucristo.

Lograr, por lo tanto, que esta realidad de signo de las relaciones trinitarias y de la Encarnación y Redención valga para las relaciones humanas que generan no sólo personas y educación –como en el caso de la relación matrimonial– sino cultura, vida política y económica, sociedades regionales, nacionales e internacionales que resultan necesarias o convenientes a las personas que nacen en el seno de esa célula social: sacramental, humana y divina a la vez.

Sociedades que nacen de la célula matrimonial y que resultan necesarias o convenientes para seguir el camino trazado por Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo en la Creación del hombre y su Redención. Camino “pensado” por Dios para que el hombre singular y socialmente vuelva al Seno Trinitario, a la eternidad feliz.

Para hacer posible una *“sacramentalización de lo social”* se han de sacar entonces las *consecuencias teóricas y prácticas de una “Teología de las Realidades Terrenas”*, buscando que el hombre en su actuar sobre la tierra a la vez que construya del mejor modo lo terreno, por el mismo acto, edifique lo eterno. Allí viene la labor de los que conocen a fondo una u otra dimensión de la realidad terrena y llegan a su especificidad, del que conoce su entidad y del que sabe de la participación de esa entidad del Ser Absoluto, Creador, Redentor y Santificador. Viene la labor de los que pueden decir aquí y ahora lo que logra el desarrollo de las ciencias, artes y técnicas, la labor de los que pueden decir acerca de esas realidades, lo que conviene hacer para que se ubiquen en el punto óptimo de su finalidad terrena, del que puede confrontar esa actividad con el actuar del analogado principal: el Ser Absoluto y del que conoce el actuar de ese Absoluto como Dios Personal que mostró encarnándose la asunción a lo divino del actuar humano y le mostró a este actuar el fin concreto: Jesucristo¹¹.

Jesucristo en su *continuación mística, la Iglesia*, da positivamente normas de actuar y muestra un modelo de persona humana que *“cristificó” totalmente su vida: la Virgen Santísima*. Y otros modelos que a través del tiempo y del espacio fueron abriendo, como signos sensibles y eficaces, el camino a la eternidad, a la vez que creando modelos de personalidad en el tiempo: los santos¹².

La incidencia de una personalidad –como es la del santo– llevó el curso de la historia de su tiempo hacia lo eterno porque ese santo tenía en su vida un fin manifiesto eterno y su incidir personal tuvo un influjo sustancial. La sociedad contemporánea requiere el actuar de todos los cristianos, también el de aquellos cuyo fin inmediato es temporal. Hoy –nos decía el Padre– cada vez más la incidencia de la acción de cada miembro del Cuerpo Místico dentro del orden social total tiene que manifestarse en el orden temporal

pues ese orden está desacralizado y divorciado de lo divino, cuando no contrapuesto a lo eterno.

El Padre nos dice que la *función de la inteligencia católica contemporánea es la "sacramentalización de lo social"*, estudiando el sacramento del matrimonio no sólo como una entidad con un fin cerrado, sino con un fin que luego permita a las otras realidades sociales, derivadas convenientemente de ese sacramento, abrirse para ser sacramentales por extensión. Éste sería un modo de extenderse al orden social todo –teniendo como base la vida matrimonial que como familia en sus distintas dimensiones: la educación y la cultura, la vida económica y política– y así como genera instituciones y funciones temporales, así podría transmitir a través de su actuar no sólo su ser natural sino su ser sobrenatural, dadas las condiciones que la Iglesia podría explicitar al respecto, cómo se deben dar las condiciones para recibir la gracia y eficacia del sacramento del matrimonio.

La Iglesia –como lo hizo Juan XXIII con los instrumentos de trabajo– *puede a su vez ir creando sacramentales* a propósito de cada dimensión del actuar humano –entiende el Padre–, puede pedir a científicos, técnicos y artistas, filósofos y teólogos que preparen las normas del mejor actuar terreno en sus respectivos campos, para permitirle luego crear los sacramentales que, supuesta la buena disposición personal y el mérito de su recta acción, agreguen al hombre en toda su actividad un plus de gracia de su depósito¹³. Y así también se extendería la acción salvífica eclesial a la sociedad temporal.

Una nueva concepción de la cultura y de la educación: su visión cristiana del mundo

Hoy estamos acostumbrados a oír a Juan Pablo II hablar sobre la *educación como visión cristiana del mundo*, pero desde 1944 el Padre habló de este tema a docentes y a alumnos e hizo vivir la formación de una escuela católica como esa visión del mundo y entonces nadie hablaba del tema ni en nuestro país ni fuera de él.

El que tiene *una vocación temporal*, decía el Padre, *tiene que adquirir en la tierra la gracia necesaria* para ir a la vida eterna y tiene que hacerlo *a través del ejercicio de las actividades profanas* que ocupan sustancialmente su vida, o sea aquellas cuyo fin inmediato es un bien temporal¹⁴. Justamente los sacramentales al dar ese plus de gracia, darían la posibilidad de lograr mejor el fin temporal, ya que la gracia es sanante, y empeñándose el hombre en ese fin temporal, la gracia, que es también elevante, lo conduce a su vez a lo eterno, como lo conducirían las acciones temporales –realizadas en Gracia– derivadas del quehacer familiar que llevan ínsitas *las gracias del sacramento del matrimonio*. Al que está abocado a lo temporal, la Iglesia le podría dar la posibilidad de estar haciendo cosas eternas, no porque se

cambie el fin de esas cosas sino porque *adosan al fin inmediato temporal el fin inmediato eterno sin menoscabo del fin temporal*, como una causa con dos efectos, donde un efecto no viene a substituir al otro, sino por el contrario, viene a perfeccionarlo.

Así no habría peligro de que el mundo de la cultura y de la técnica se desarrollara al máximo con el peligro del olvido de Dios, ni ocurriría que el mundo por querer volver a Dios no adelantara, porque se daría simultáneamente lo que Dios quiere para su gloria objetiva y subjetiva: perfección terrena y vida eterna¹⁵.

Esto no quita, para el Padre, la necesaria lucha que supone la vida en la tierra: lucha con el pecado y sus consecuencias: dolores físicos y morales... pero, si el cristiano asume estos *dolores como participación de la Cruz de Jesucristo*, siempre estará *edificando para el tiempo y la eternidad*.

La Iglesia marcha a la nueva síntesis que permitirá construir una sacramentalización de lo social sobre la base de una Teología de las Realidades Terrenas, como coronación de la teología dogmática y moral. El Padre no deja tampoco de lado la teología espiritual cuyo objeto es lograr la sacramentalidad del cristiano: su real formación humana. El ejercicio de la acción humana sacramental tiene que desarrollarse con personas cuya fisonomía interior sea formada sacramentalmente a fin de lograr que la cultura sea sacramental.

Por eso *el ejercicio de las virtudes teologales*, aun siendo un don, es un requisito indispensable unido a los dones del Espíritu Santo *para que el sujeto del actuar "sacramental" sea "sacramental" él mismo*. Por ello, también la primera tarea sacramentalizadora es la de la persona humana misma. Los principios de la Teología de las Realidades Terrenas, al permitirnos conocer la dimensión terrena del ser y actuar humanos vistos con los ojos de Dios, nos facilitan el encontrar el modo en que la persona pueda mostrarlo en cuanto hecha a su imagen y semejanza y sujeto de Redención y consecuente santificación.

La educación debe llevar a una visión cristiana del mundo y con ella a un actuar sacramental. Tiene su fuente de inspiración en Jesucristo que asume la naturaleza humana y tiene su analogado principal en la Persona de la Virgen Santísima: Ella, Hija del Padre, Esposa del Espíritu Santo y Madre del Hijo, pone los cimientos de una antropología "sacramental"¹⁶, hacia donde debe llevar la educación cristiana.

El Padre hace notar *la función primordial de la mujer en la sacramentalización de lo social* pues su *misión es esencialmente maternal*. Llamada a hacer personas en el orden biológico, psíquico y sobrenatural, la llama a educar a la persona. La mujer es *en su ser más fácilmente manifestativa de la relación con Dios y del amor divino*. Y justamente la ayuda que la mujer debe dar al hombre está también en *ayudarlo a mostrar a Dios*, y mostrarle ella misma a Dios porque a su naturaleza femenina con su sensibilidad a lo religioso y su mayor capacidad de relación humana

sacramental le es confiada por Dios la misión de dedicarse a las personas y a través de ellas a las sociedades humanas¹⁷. Tanto el varón como la mujer tienen una tarea insustituible en la “sacramentalización” de lo social porque la tienen en la sacramentalización de la persona que al ser signo sensible y eficaz de la gracia no lo es sólo para sí sino en función del otro, en función social. A la mujer le es más afín por su particular naturaleza femenina.

Solía decir el Padre que *la interioridad del cristiano debía ser una liturgia* y la liturgia es un *acto de la comunidad que alaba a Dios*. Por lo tanto, la expresión “sacramental” de nuestra interioridad debe ser *eficaz, al trascender a los demás*, para que glorifiquen a Dios con la participación divina que les manifestemos y hacia la que los inclinemos.

La ciencia, la técnica y el arte no pueden resolverse en filosofía, y aquéllos y ésta en teología. La autonomía y la delimitación de cada campo tendrán que asumir su respectivo “compromiso”. La filosofía da la razón de ser a los distintos elementos de la cultura y presenta el todo para que cada científico, artista o técnico ubique su parte, y esto pueda hacerlo presentando a nuestra inteligencia la realidad total. Pero esa realidad requiere asumir la visión que Dios tiene de ella, para ver los caminos que le sugiere la teología y evitar así los tropiezos de una visión parcial e ir construyendo la base de todo su quehacer con una visión cristiana de las realidades terrenas.

Y al encontrar en todas esas realidades la dimensión eterna, el hombre de hoy verá que toda entidad terrena, en definitiva, se sustenta ella misma —y lo sustenta psicológica y éticamente a él como hombre— en cuanto tiene trascendencia. Así su actitud se podrá convertir en la del hombre que vive la alegría de la esperanza en este mundo que participa ya del eterno. Y esto lo logrará en la medida en la cual se vaya recuperando la sabiduría, el sabor de la realidad total, sin la cual se pierde también el valor y la razón de ser del vivir humano, y se asuma al hombre existencial, que nunca fue puramente humano: Jesucristo nos develó lo divino y deificó al hombre, asumió su naturaleza y lo sacó de la infrahumanidad del pecado participándole a la vez de la naturaleza de su Padre Dios, y dándole a través de su Espíritu la santificación¹⁸.

Sintetizando en un lema el pensamiento del Padre podemos decir que *el hombre será capaz de advertir en la delimitación de su quehacer terreno* —que pese a los adelantos de las ciencias y técnicas viene comprobando en los obstáculos de su propio quehacer— *la trascendencia hacia lo eterno de ese quehacer*. De esa visión surgirá un actuar de su vida toda que será no sólo efectivo para un determinado fin temporal —individual y social—, sino que ese actuar lo buscará como signo para sí mismo y para los demás de su participación en la vida divina y de esa misma vida. Por ello, el lema paulino *Instaurare omnia in Christo, omnia*: “sea que comáis, sea que bebáis hacedlo todo en nombre del Señor Jesús”¹⁹, era un lema caro a nuestro Padre y el principio de moción de su trabajo cultural cristiano y de toda la educación cristiana.

Su proyecto de un Instituto de Ciencias de la Cultura

Cuando aún estaba en la Universidad Católica y como una parte fundamental de su identidad católica, el Padre había proyectado iniciar un estudio con jóvenes egresados de distintas facultades científicas y técnicas, jóvenes artistas, filósofos y teólogos para ir preparando la cultura por venir. Esa que hoy todos esperamos y para la cual se ensayan trabajos análogos al pensado por el Padre ya en los años '50 y luego comenzados a preparar en el '60' y '61, donde reunió a jóvenes egresados para darles como base *filosofía y teología de la cultura*, y donde jóvenes investigadores de una ciencia daban a los otros los elementos esenciales de sus respectivas disciplinas y artes.

Cuando el Padre dejó la UCA en 1961, comenzó a pensar en la necesidad de seguir esa idea y como ya no se contaba con la organización formal de una Universidad, fue agrupando investigadores y artistas del país y a la vez indagando en Europa pensamientos abiertos a este necesario encuentro de disciplinas teóricas y prácticas, tecnologías y artes para lograr con el tiempo crear un Instituto de Ciencias de la Cultura en un lugar ideal como *campus de investigación*: la estancia *Santa María de la Armonía*, que adquirió con la herencia de Emilia Zubizarreta –de la Asociación de Servidoras– que donó al Padre lo necesario para adquirir el casco de la estancia que se remataba.

Mucho le costó al Padre mantener Santa María de la Armonía porque las acciones donadas cayeron en casi un 60% en la crisis económica del país de principios del '62, cuando aún las gestiones de transmisión de la herencia no habían sido concretadas. Hasta su muerte luchó por mantener ese preciado predio y tuvo que vencer la tentación de ceder a su venta por el ofrecimiento que le hiciera más de un empresario, pero –como lo repitieron luego las Servidoras mismas– logró subsistir a gran precio y uniéndose más de una vez a la Cruz pesada del Señor. Tuvo gran esperanza en la Virgen; ya desde un principio la Estancia fue colocada bajo su protección, se llamó Santa María de la Armonía en lugar de La Armonía y la Virgen –como escribió luego una Servidora– se “aquerenció” en ese lugar.

Como todos los grandes “profetas” *no vio su obra cultural* en un camino franco; *sólo sembró las semillas*: colegios que prepararon futuros universitarios, un grupo para investigar en filosofía y teología de la educación, encuentros musicales con compositores, modos de encontrarse jóvenes universitarios con investigadores del país y del exterior.

Hoy y desde hace seis años el CIAFIC, Centro de Investigaciones en Antropología Filosófica y Cultural de la “Asociación Argentina de Cultura”, asociado al CONICET –Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas– y la Fundación Cultural Argentina –que administra *Santa María de la Armonía*– reúne anualmente a científicos, filósofos y teólogos de distintas partes del país y del mundo en un ya conocido *Simposio* de Epistemología de las Ciencias. Y hoy Santa María de la Armonía es un reconocido “*Campus musical*” durante todo el mes de febrero.

La semilla está lenta y profundamente fructificando "con humilde grandeza" como lo hizo notar el Padre en su vida: grande para la gloria de Dios y escondida hasta el momento oportuno para los hombres.

Notas

¹ Con respecto a la autonomía de las realidades terrenas, cfr. *Gaudium et Spes*, n° 36; autores que debatieron el tema como: Y. M. Congar, *Per una teologia del laicato*, Brescia, 1971; P. Philips, *Laicato adulto*, SALES, 1965, entre otros: no tienen la misma coincidencia pues no se ve una delimitación epistemológica clara en las ciencias que tratan las realidades terrenas, ya que en parte se habla de una inspiración cristiana, como lo hizo también J. Maritain, más que de los objetos de una y otra ciencia.

² Varios teólogos abordan en ese tiempo este tema: ante todo G. Thils, en *Théologie des Réalités Terrestres*, París, Bruges, 1947, se aboca al tema haciendo notar que es necesario que el teólogo conozca como filósofo y científico estas realidades; el Padre lamenta que G. Thils no haya advertido que el trabajo es de un equipo de teólogos, filósofos, científicos y técnicos, etc. Cfr. también, Thils, *Théologie de l'Histoire*, París, Bruges, 1949, *Théologie et Réalité Sociale*, Louvain, 1950, *Trascendencia ou incarnation?*, Louvain, 1950, entre otros; Md. Chenu, *Pour une Théologie du travail*, Paris, Seuil, 1954; R. Aubert, *La Théologie Catholique au milieu du XXème. siècle*, Tournai, 1954.

No desconocía el Padre la obra de Teilhard de Chardin pero, aunque sus planteos le interesaron sumamente, no participó de sus soluciones que presentaban sin autonomía real lo terreno de lo eterno, lo sagrado de lo profano y no usaba de la analogía que le hubiera permitido, por sus conocimientos científicos, una apertura a la Teología de las Realidades Terrenas pues no logró establecer con autonomía gnoseológica la relación entre lo teológico, lo filosófico y la ciencia empírica.

³ Cf. este mismo tema en *Gaudium et Spes*, c. III, n° 33 a 38 y más recientemente *Laborem Exercens* de Juan Pablo II.

⁴ Luis María Etcheverry Boneo, *La religión, alma del orden social temporal. Sentido de las realidades terrenas*, Buenos Aires, 1945; *Glorificación objetiva y subjetiva*, curso de Visión cristiana del mundo, Círculo Universitario, Buenos Aires, 1950-1953; *Teología de la pedagogía*, Buenos Aires, 1950; *Doctrina Vocacional*, curso a las Servidoras, Buenos Aires, 1968, pro-manuscrito.

⁵ Estos conceptos del Padre son compartidos hoy por matemáticos y físicos contemporáneos, entre ellos, C. F. Manara y G. Prospero, y por biólogos como J. Lejeune, L. Gedda, G. Brenzi, Roma-Cobo, 1993.

⁶ Respecto del tema ético son notables las coincidencias del Padre con Juan Pablo II en *Veritatis Splendor*, obviamente en lo doctrinal básico y particularmente al hacer notar los errores a los que se puede llegar.

⁷ Por lo tanto, como ya lo anotamos: si el fin es eterno, los medios o los fines intermedios de ese camino pueden tener su autonomía, pero no pueden substraerse del fin último: todo el actuar temporal del hombre concreto lleva insita la eternidad. Cf. entre otros: Luis María Etcheverry Boneo, *Visión Cristiana del mundo*, curso a universitarios, Círculo Santa Teresa del Niño Jesús, Buenos Aires, 1947-1952; *Doctrina Vocacional*, a la Institución de Servidoras, Cursos 1952-1960; *El cristiano frente a la actual cosmovisión: conocimiento, juicio, valoración y acción*, Buenos Aires, 1969, pro-manuscrito.

⁸ Cf. entre otros, Luis María Etcheverry Boneo, *Historia General de la cultura*, Buenos Aires, 1945; "La Encíclica *Humani Generis*", en *Sapientia*, Buenos Aires, 1951; "La Cultura en Latinoamérica", conferencia en el Congreso Mariano Internacional, Buenos Aires, 1960, *Teología de la cultura*, reuniones a las Servidoras, 1958-1960.

⁹ Cf. entre otros, Luis María Etcheverry Boneo, *Sacramentalización, concepto de*

sacramento-participación, 1945; "El matrimonio y la sacramentalización de lo social", conferencia pronunciada a los grupos de Nazareth, Córdoba, 1953, pro-manuscrito; "La sacramentalización de lo social, función de la inteligencia católica contemporánea", conferencia pronunciada a propósito de la inauguración del Instituto Católico de Cultura, Buenos Aires, 1953, pro-manuscrito.

¹⁰ Ídem.

¹¹ Cf. entre otros, Luis María Etcheverry Boneo, *Profesión y vocación social*, Buenos Aires, 1946; Información Teológica de la vida social y la vida profesional, Seminario San Agustín, Buenos Aires, 1948; Teología de lo social, curso en la Escuela Superior de Economía, Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires, 1947-1949; Sacramentalización de lo social y sacramentales, reuniones generales de Servidoras, Buenos Aires, enero 1969.

¹² El Cgo. Luis María Etcheverry Boneo entiende por "persona sacramental" —como analogía con respecto a la sacramentalidad de Jesucristo— aquella persona que, poseyendo una intensa vida de la gracia, logra ordenar su interioridad según la voluntad de Dios y muestra hacia afuera esa vida de la gracia constituyéndose en expresiva de la misma, en verdadero signo que la muestra, pero no sólo en signo que la muestra sino que la da de alguna manera. Así fue "sacramental" la persona de la Santísima Virgen siempre, pero el Evangelio nos la muestra especialmente tal en su visita a Santa Isabel. Su prima, en efecto, la ensalza como poseedora de gracia y de gracia que se dirige a ella.

¹³ Luis María Etcheverry Boneo, "Seminario de Pedagogía", 3ª Conferencia, Buenos Aires, 1948; "Sacramentalización de la persona, la Santísima Virgen, analogado principal", retiro espiritual a las Servidoras, Buenos Aires, 1959, pro-manuscrito; "La Santísima Virgen y la sacramentalización de las Servidoras", retiro espiritual, Buenos Aires, 1961, entre otros; "La sacramentalidad de la persona humana: los santos", retiro espiritual a las Servidoras, Buenos Aires, 1960; "Espiritualidad de Santa Teresa del Niño Jesús", conferencia en el Carmelo de Lisieux Argentino, Buenos Aires, 1956, pro-manuscrito, entre otras.

¹⁴ Luis María Etcheverry Boneo, Pedagogía para una visión cristiana del mundo, cursillo a las Hnas. de la Misericordia de Cabildo 1333, Bs. As., 1944-1946, en Archivo de las Servidoras, Federico Lacroze 2100, Buenos Aires, y *La sacramentalización de lo social, función de la inteligencia católica contemporánea*, Buenos Aires, 1953.

¹⁵ Cf. entre otros, Luis María Etcheverry Boneo, *Profesión y vocación social*, cit.; *Teología de la economía*, cit.; *Filosofía y teología política*, cit.; Teología de la cultura, curso a la Escuela de Ciencias de la Cultura, Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, 1959-1960; Visión teológica del trabajo, Escuela Superior de Economía, Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires, 1948; Persona humana sacramental, reuniones de la Asociación de Vida Espiritual, Buenos Aires, 1959; Fisonomía psico-ética sobrenatural, a las Servidoras, Buenos Aires, 1964-1967, pro-manuscrito.

¹⁶ Cf. Juan Pablo II, *Redemptoris Mater, Mulieris dignitatem, Carta a la mujer*, entre tantas otras intervenciones en los Angelus dominicales, audiencias, etc.

¹⁷ Génesis II, 18.

¹⁸ Cf. Juan Pablo II, *Dives in Misericordia; Dominum et Vivificantem*.

¹⁹ Cf. I Cor 10, 31.

